

La aldea global

Historia y mundia-globalización

Jean Meyer*

La especie humana se comportó como la criatura que vive el hecho, cuando se anima y desarrolla en un medio, explorándolo palmo a palmo y reuniendo a tientas, por ensayos, sus propiedades y dimensiones. La especie reconoció lenta e irregularmente la superficie de la Tierra. Visitó y representó con creciente precisión sus partes, sospechó y confirmó su sellada convexidad, evaluó, explotó los recursos y las reservas utilizables de la delgada capa que contiene la vida entera.

Mayor nitidez y precisión, mayor potencia; son éstos los hechos esenciales de la historia en los tiempos modernos. Hechos esenciales porque tienden a modificar al hombre mismo, y modificar la vida, sus formas de conservación, de difusión y de relación; rasero para medir la importancia de los hechos que deben ser retenidos y meditados. Esta consideración transforma juicios sobre la historia, sobre la política, pone de relieve desproporciones y lagunas, presencias y ausencias arbitrarias.

Toda la aventura del hombre, hasta nuestros días, podría dividirse en dos fases distintas: la primera, comparable al periodo de estos tanteos desordenados, de estos avances y retrocesos en un medio informe, de estos destellos y de estos

impulsos en lo ilimitado: es la historia del niño en el caos de sus primeras experiencias. Pero cierto orden se instala, comienza una nueva era. Las acciones en un medio finito, bien determinado, nítidamente delimitado, rica y potentemente vinculado, no tienen las mismas características ni las mismas consecuencias que tuvieron en un mundo informe e indefinido.

Observemos, sin embargo, que estos periodos no se distinguen claramente en los hechos. Una fracción del género humano vive ya en las condiciones de la segunda fase, el resto aún se mueve en la primera. Esta desigualdad genera una parte considerable de las complicaciones actuales.

Si consideramos nuestra época en su conjunto y esforzándonos por distinguir sólo las circunstancias más sencillas y más generales, y a condición de que al mismo tiempo sean consideradas nuevas, constatamos un acontecimiento considerable, un hecho de primer orden, cuya propia magnitud, evidencia, novedad o, mejor dicho, esencial singularidad, lo hacían imperceptible a nosotros, sus contemporáneos.

Toda la tierra habitable ha sido, hoy día, explorada, censada, dividida entre las naciones. Concluyó la era de los terrenos baldíos, de los territorios libres, de los lugares sin dueño; la era de la libre expansión. No hay roca sin bandera, no hay vacíos en los mapas, ni regiones libres de aduanas y de leyes; no hay tribu cuyos asuntos

* Centro de Investigación y Docencia Económica.

no generen algún expediente y que no dependa, por algún maleficio, de la escritura de diversos humanistas en sus oficinas distantes. *Empieza el tiempo del mundo finito*. Prosiguen el censo general de recursos, la estadística de mano de obra, el desarrollo de órganos de relación. ¿Qué puede ser más extraordinario y más importante que este inventario, esta distribución-concatenación de las partes del globo? Sus efectos son ya inmensos. Una solidaridad completamente nueva, excesiva e instantánea entre las regiones y los acontecimientos es la consecuencia, muy notoria ya, de este hecho mayor. Ahora debemos subordinar todos los fenómenos políticos a esta reciente condición universal; cada uno representando una obediencia o una resistencia a los efectos de esta limitación definitiva y de esta dependencia cada vez más estrecha de las acciones humanas. Las costumbres, las ambiciones, los afectos contraídos durante el curso de la historia no han dejado de existir, pero insensiblemente transportados a un medio de estructuras muy diferentes, pierden su sentido y se vuelven motivo de esfuerzos infructuosos, de errores.

Concluido el reconocimiento total del campo de la vida humana, sucede, a este periodo de prospectiva, un periodo de relación. Las partes de un mundo finito y conocido se vinculan necesariamente cada vez más las unas con las otras. Empero, toda política, hasta ahora, ha especulado desde el aislamiento de los *acontecimientos*. La historia estaba hecha de acontecimientos *localizables*. Cada perturbación producida en un punto del globo se desarrollaba como en un medio ilimitado; sus efectos eran nulos a una distancia suficientemente grande: todo transcurría en Tokio como si Berlín estuviera en el infinito. Era entonces posible, inclusive razonable, prever, calcular o emprender. Había lugar en el mundo para una o más políticas de importancia puntualmente definidas y supervisadas.

Este tiempo llega a su fin. Ahora toda acción repercute por doquier en múltiples intereses imprevistos, genera un tren de acontecimientos inmediatos, un desorden de resonancia en un

recinto cerrado. Los efectos de los efectos, que eran antes imperceptibles o insignificantes en relación con la duración de la vida humana y al ámbito de acción del poder humano, se perciben casi de inmediato a cualquier distancia, vuelven enseguida sus causas, y amortiguan sólo en lo imprevisto. La espera del calculador termina siempre burlada, y lo es en cuestión de meses o de años. En semanas, circunstancias muy remotas transforman al amigo en enemigo, la victoria en derrota. Ningún razonamiento económico es posible. Los más expertos se equivocan; reina la paradoja.

No hay prudencia —sabiduría, no genio— que esta complejidad no ponga en falta, porque no hay duración, continuidad, ni causalidad reconocibles en este universo de relaciones y contactos multiplicados. Prudencia, sabiduría, genialidad se identifican acaso por cierta ilación de felices sucesos; cuando lo accidental y el desorden dominan, el juego sabio o inspirado no se distingue de un juego de azar; hasta los más dotados se confunden.

Por ello, la nueva política es a la antigua lo que las sacudidas nerviosas de la especulación en la plaza del mercado, sus bruscas oscilaciones, sus reveses, sus inestables pérdidas y ganancias son a la antigua economía del padre de familia, a la atenta y pausada agregación de patrimonios... “Los designios largamente acompañados, los pensamientos profundos de un Maquiavelo o un Richelieu tendrían hoy la consistencia de un buen consejo en la Bolsa.”¹

Lo que esas palabras que terminan en -zación (global-, mundial-, altermundialización) significan es la influencia mutua que hay en el universo. Husserl terminó afirmando: “El mundo está hecho de interacciones recíprocas” y todas las ciencias han confirmado la intuición del filósofo. David Bohm (física teórica) afirmó que la realidad no está dividida y que la realidad fundamental es una relación cuántica del universo. El astrofísico G. Chew propuso su teoría del

¹ Paul Valéry, “Miradas al mundo actual” (1931), en *Istor*, núm. 1, 2000, pp. 108-113.

“bootstrap”, y que el universo es una red dinámica de fenómenos relacionados entre sí. Shel-drake enseñó la teoría de la resonancia mórfica entre los organismos vivos de la misma especie;² el jesuita paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin dijo que en el mundo no debe haber más que una energía que influyera en él porque todo se relaciona entre sí. Para no mencionar la teoría del caos y su “efecto mariposa” o al filósofo español Xavier Zubiri: “El sujeto consiste en estar abierto a todas las cosas.”

Marshall McLuhan acuñó en 1964 la expresión “la aldea global” a partir del desarrollo de los medios masivos de co-municación, co-nexión, co-munión. Una realidad que, para bien o para mal, comenzó hace 150 000 años cuando el *Homo erectus*, luego *faber*, luego *sapiens*, luego *sapiens sapiens*, salió de África para dispersarse en todo el mundo —dispersión que tiene su eco en el mito de la Torre de Babel. Esa dispersión inicial, seguida de un lento pero sostenido crecimiento demográfico, fue afectada por el encuentro de las muchas familias humanas alrededor del Mediterráneo, de la India, de China, del Altiplano mexicano y del Altiplano andino, bajo el signo de las grandes construcciones políticas imperiales. Luego vino la interconexión revolucionaria de esos cinco universos, de esas islas-mundos, en un solo mundo a partir de 1492, cuando Colón puso en contacto los mundos “americanos” con el viejo bloque eurasiático.

Durante los cinco siglos ulteriores, el movimiento no ha dejado de acelerar y de amplificarse hasta la situación presente. Lo cual no significa que la mundialización haya llegado para siempre. Todas las formas anteriores del fenómeno se arruinaron y terminaron en periodos de fragmentación, sin embargo, hay un hilo conductor de perseverante mundialización, como futuro y pasado de la humanidad. ¿Qué pretendían religiones como el cristianismo y el Islam, desde un principio, sino unificar al género humano? ¿Qué significan las palabras “católico”, “ecumé-

nico”, “umma”? *Umma*, la comunidad de los creyentes. ¿Y el comunismo, esa religión secular? Cada etapa ha tenido su foco, su centro, Roma y China anteayer, Europa ayer, hoy los Estados Unidos. Durante miles de años esa pulsión ha contribuido al progreso del mundo a través de los contactos entre civilizaciones y culturas: los viajes, el comercio, las migraciones, pacíficas o no, la difusión de las religiones, del conocimiento, de las artes y técnicas. Confundimos mundialización con occidentalización y colonialismo. Durante siglos, los agentes activos de la globalización no han sido occidentales.

Amartya Sen dice que

Para ilustrar esto, consideremos cómo era el mundo al principio del pasado milenio, en vez de ver sólo el final del mismo. Alrededor del año mil después de Cristo, el alcance global de la ciencia, la tecnología y las matemáticas estaba cambiando la naturaleza del viejo mundo, pero la diseminación de estos elementos en gran medida ocurría en dirección opuesta a la que vemos actualmente.

La alta tecnología a finales del año mil incluía el papel, la imprenta, el arco, la pólvora, la suspensión de puentes mediante cadenas de hierro, la cometa, la brújula magnética, el molino de rueda y la hélice. Hace un milenio estos elementos eran empleados extensamente en China y eran prácticamente desconocidos en cualquier otro lugar. La globalización los trasladó a través del mundo, incluida Europa.

Un movimiento similar ocurrió con la influencia oriental de las matemáticas occidentales. El sistema decimal surgió y se desarrolló en la India entre los siglos II y VI y poco después fue usado por los matemáticos árabes. Estas innovaciones llegaron a Europa durante el último cuarto del siglo X y empezaron a tener impacto real cuando jugaron un papel importante en la revolución científica que contribuyó a transformar a Europa.

Los agentes de la globalización no son exclusivamente europeos u occidentales,

² Información del físico biólogo Pablo Meyer Rojas, correo electrónico, 14 de julio de 2003.

ni necesariamente van ligados a la dominación de Occidente. Desde luego, Europa habría sido mucho más pobre económica, cultural y científicamente si se hubiese resistido en ese tiempo a la globalización en las matemáticas, la ciencia y la tecnología [...]

Nuestra civilización global es una herencia mundial, no sólo una colección de culturas locales disparadas hacia todas las direcciones. Cuando un matemático moderno en Boston invoca un algoritmo para resolver un difícil problema de computación, puede no estar consciente de que está contribuyendo a conmemorar al matemático árabe Mohammad Ibn Musa al Khwarizmi, cuyas aportaciones florecieron durante la primera mitad del siglo XIX. “Existe una cadena de relaciones occidentales que conecta a los matemáticos de Occidente con una colección de notables practicantes no occidentales entre los que figura Al-Khwarizmi. (El término álgebra deriva del título de su famoso libro, *Al-Jabr wa al Muqabilah*)

Desde luego, Al-Khwarizmi es uno de los muchos contribuyentes no occidentales cuya obra influyó en el Renacimiento europeo y, posteriormente, en la Ilustración y la Revolución Industrial. Occidente debe tener el crédito completo de estos notables avances ocurridos en Europa y en América europeizada, pero la idea de una inmaculada concepción occidental es una fantasía imaginativa.

Además de que el progreso global de la ciencia y la tecnología no es un fenómeno encabezado exclusivamente por Occidente, hubo avances globales fundamentales en los que Occidente ni siquiera se vio involucrado. La impresión del primer libro fue un acontecimiento maravillosamente globalizado. La tecnología de la imprenta fue, por supuesto, un avance enteramente de los chinos. Pero el contenido vino de otras partes. El primer libro impreso fue un tratado indio en sánscrito, traducido al chino por un hombre que era mitad turco.

El libro *Vajracchedika Prajnaparamita-sutra*, a veces denominado *El diamante sutra*, es un antiguo tratado sobre budismo y su traducción del sánscrito al chino, en el siglo V, corrió a cargo de Kumarajiva, erudito mitad indio y mitad turco, quien vivió en la parte oriental de Turkeistán llamada Kucha, pero que más tarde emigró a China; se publicó cuatro siglos más tarde, en el siglo 868 d.C. Este proceso que involucró a China, Turquía e India es globalización, y en él Occidente brillaba por su ausencia.”³

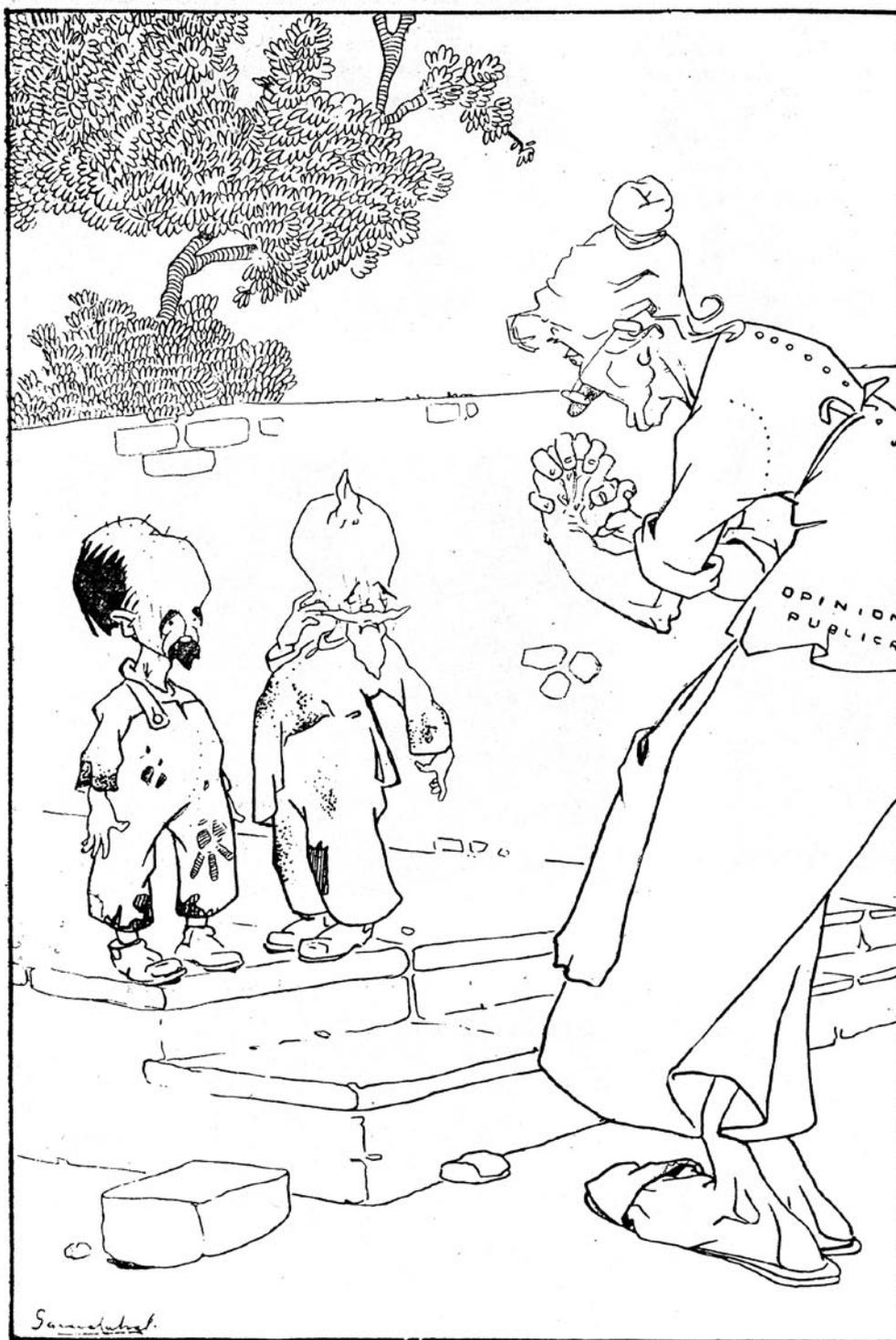
La economía-mundo

El conocimiento de las formas anteriores de mundialización, es pues necesario para comprender el tiempo presente. Dos obras históricas escritas hace treinta años nos ayudan al ofrecer un concepto clave, el de economía-mundo. Fernand Braudel terminaba de publicar en ese tiempo su obra magna, *Civilización material, economía y capitalismo* y su brillante alumno, Immanuel Wallerstein, publicaba *The Modern World System*. La peculiaridad de nuestra mundialización es que nació sobre bases económicas, antes de transformarse, hoy, en un fenómeno socio-cultural. Esa primacía de lo económico surge en Europa con el capitalismo de los siglos XVI y XVII y sus antecedentes urbanos en la Edad Media. Lo dijo Sismondi en sus *Nouveaux principes d'économie politique* (1819), por cierto muy leídos en México en ese entonces: “El género humano, o toda esa parte del género humano que comercia junta, de alguna manera no constituye más que un sólo mercado.”⁴

Como la principal señal de la mundialización son los precios, conviene reflexionar sobre el hecho de que el dinero (el “deshonesto dinero”

³ Amartya Sen, “Cómo juzgar la globalización”, en *La Jornada*, 1 de febrero de 2002.

⁴ Jacques Le Goff, “Suerte y desgracia de las mundializaciones”, en *Le Monde*, 23 de noviembre de 2001.



Pero icómo os habéis puesto.....! ¡¡Cochinos!!

de los Evangelios, el “Mamón de iniquidad”) se encuentra en la médula del fenómeno. Sin embargo, Braudel dijo siempre que el economismo histórico sería un error fatal: “La historia económica del mundo es la historia entera del mundo, pero vista desde un solo observatorio, el observatorio económico. Elegir ese mirador es privilegiar de antemano una peligrosa forma de explicación unilateral.” Fernand Braudel gustaba de insistir en los, según él, cuatro aspectos esenciales de la mundialización: economía, sociedad, cultura, política; pero añadía que esos cuatro sectores, separados por la comodidad analítica, funcionaban en conjunto, formaban un sistema, de tal manera que no se puede aislar uno de los cuatro aspectos sin correr el riesgo de encerrarse en una visión reduccionista.

Una vuelta a la historia

No hablaré de China y de la India —mi ignorancia es demasiada—, tampoco del Islam, estas mundializaciones importantes. Evocaré a Roma, ella misma heredera de la antigua Fenicia, de Grecia y de Cartago, y a la Europa cristiana. Todas esas mundializaciones tomaron una forma política, la de imperio, con pretensiones universales. Los romanos, al retomar el término griego de “*ecumene*” (todo el mundo habitado) para designar su imperio, a la vez que un proyecto manifestaban la creencia de que dominaban o dominarían a todo el mundo habitado. Dicho imperio, que se prolongó hasta 1453 y terminó con la caída de Constantinopla, quizá por haber logrado la famosa “paz romana” que permitía contactos comerciales hasta con China, nos dejó profundamente marcados; el águila bicéfala, tan presente en las artesanías indígenas de México, nos llegó, por los Habsburgos y Bizancio, desde la Roma de Oriente y Occidente. La lección que se puede sacar de este episodio es que “el espacio de la mundialización puede y debe considerarse un espacio pacífico. El imperio romano aportó a los habitantes o, en todo caso, a la élite de este espacio mundial (Roma), la sensación de una ciudadanía universal: ciu-

dadano del mundo. El ejemplo más conocido es Pablo de Tarso, San Pablo, ese judío convertido al cristianismo y que afirmaba con fuerza: ‘*Cives romanus sum*’, soy ciudadano romano.”⁵

Hace mil años Europa conoció en diversas partes un renacimiento urbano ligado a la lenta mejoría de las técnicas agrícolas que permitió el crecimiento demográfico, elemento clave de toda la historia: Génova, Lyon, Florencia, Venecia, Barcelona, Amberes, Gante, las ciudades de la Hansa, un sindicato urbano que tenía miembros desde la Normandía francesa hasta los países bálticos, para sólo citar algunas; precisamente por la Hansa, cabe mencionar la noción de red, puesto que la mundialización descansa sobre redes, sobre una red de redes que ponen en comunicación espacios y sociedades. Braudel subraya que alrededor de cada ciudad activa, sede de una Bolsa, de un mercado, existe una red que incorpora y anima ciudades medianas, pueblos y campiñas. Arriba se encuentra la ciudad-reina: papel que tocó, sucesivamente, a Lisboa, Sevilla, Amberes, Amsterdam, Londres y Nueva York. Después de Nueva York, hoy en día, ninguna ciudad ha podido retomar la estafeta, no hay una ciudad-reina, sino un sistema plural. Pero volvamos a la Europa cristiana de la Edad Media y del Renacimiento: en esas ciudades comerciantes nacieron dos criaturas que siguen muy vivas en este principio del tercer milenio: el capitalismo y el espíritu ciudadano. Esto, sobre la base de la ruptura del localismo que había triunfado, después de la desintegración del “mundo” romano.

El comercio, tanto de larga distancia, como local o regional, anima contactos, promueve contagios múltiples, activa rivalidades. Y es en un contexto de rivalidades entre fuerzas económicas y militares considerables, que poco a poco (y, a veces con una lentitud exasperante) las autonomías urbanas dejan paso a formas superiores de identidad colectiva. Simplificando y saltando de pie

⁵ *Idem.*

juntillas sobre recorridos históricos complejos: es el proceso formativo del Estado nacional. Lo que será por casi medio milenio (y, sobre todo en los últimos dos siglos) una pasión laica de dimensiones planetarias. Simplificando en forma brutal, podría incluso decirse que el grado de desarrollo de las naciones contemporáneas está vinculado a la fecha de su independencia. Con pocas excepciones (que vienen hoy sobre todo de Asia oriental), y contrariando la máxima bíblica: los primeros siguen siendo los primeros, y los últimos, últimos.⁶

Después de la Ciudad, es la Nación el nuevo centro de aglutinación de energías económicas, políticas y culturales. Y, otra vez simplificando recorridos complejos, podríamos decir que la historia de los últimos cuatro siglos está escalonada alrededor de tres grandes figuras del estado nacional que, en sus respectivos tiempos, ejercieron un gran poder económico internacional y una extraordinaria fascinación imitativa en sus contemporáneos. En síntesis: las Provincias Unidas del siglo XVII, la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX y Estados Unidos en el siglo XX. Lo que ocurrió en estos países condicionó en forma poderosa la vida de centenares de millones de seres humanos al exterior de sus fronteras nacionales.

Esa Europa comerciante y marinera se lanzó, como China poco antes, pero con un éxito muy diferente, a explorar el mundo y eso causó, en el siglo XVI, un fantástico “choque de civilizaciones”. La colonización que acabó en el siglo XIX bajo las formas de imperialismo y de capitalismo, empezó en aquel entonces y afectó sobre todo a África y América, mucho menos a Asia. “Entre lo que se puede llamar progreso hay que decir que puso fin —me choca que se hable tan poco de ello— a la crueldad de las dominaciones y de las culturas precolombinas en América.

⁶ Ugo Pipitone, *Globalización. Regiones posnacionales e izquierda*, Documento de Trabajo, CIDE, División de Historia, 2002, p. 7.

Los Estados azteca, inca e incluso maya, eran de una gran crueldad interna, cuyo caso más llamativo eran los sacrificios humanos.”⁷

Pero ese siglo XVI vio también la formación de vastos imperios musulmanes (otomano, sava-fida, mongol), la llegada de los turcos hasta el corazón de Europa central, el nacimiento de la Gran Moscovia, la futura Rusia; vio al Oriente resistirse a la penetración de mercaderes europeos, los rusos entrar a Siberia y llegar al Pacífico, los portugueses, luego los holandeses y los ingleses, construir sus redes comerciales. Para esa fecha, Europa distaba mucho de ser la dueña del mundo y lo que impresionaba a los contemporáneos era la formidable progresión del Islam o la imposibilidad de penetrar seriamente África, China, Japón, las Indias. Desde aquel entonces, se manifiesta la capacidad del Lejano Oriente para absorber los choques culturales, protegiéndose.⁸

Una retrospectiva

Lo que sigue es demasiado conocido para que sea necesario recordarlo: el mundo se ha mundializado. Vale la pena preguntarse cómo la humanidad, compuesta hace 7 000 años de pequeños grupos paleolíticos, sembrados por todo el planeta, llegó a la situación actual. El historiador contesta que ese proceso de “larga duración” (Braudel) empieza con la famosa “revolución verde” neolítica, con la invención de la agro-ganadería y su concomitante sedentarización, lo que arranca un crecimiento demográfico sostenido y progresivamente acelerado. Con la producción de excedentes demográficos, materiales, simbólicos, nuevos conflictos sociales y grupales, que conducen a la ingeniosidad política y religiosa: se pasa de los clanes a la tribu, de las tribus al Estado, de los Estados al imperio y así nacen “mundos” que se ignoran (Cuzco, México), o inter-

⁷ Jacques Le Goff, *op. cit.*

⁸ Jean-Michel Sallmann, *Géopolitique du XVII^e siècle*, París, Seuil, 2003.

comunican, muy poco y muy lentamente (China, India, Japón, Mediterráneo), pero circulan sus monedas y alguno que otro producto de gran valor añadido (la seda), y también sus microbios, frutas, flores, invasores, piratas.

Ese “mundo” de los antiguos, presentido (no recorrido) en su totalidad por un Herodoto, un Darío, un Alejandro, un San Pablo, un Mahoma y probablemente Confucio, no fue una producción intelectual del imperialismo occidental; debemos admitir que la idea de un mundo UNO, de un Universo, “mundo de mundos”, “red de redes”, captando todas las familias humanas conocidas o presentidas, más allá de cada grupo etnocéntrico, es una idea tan vieja como... el mundo. La idea romana, luego católica de un imperio universal, por más que el mundo no haya sido totalmente explorado, mucho menos dominado, no es “occidental”. La idea de un mundo potencialmente integral (en su sentido original de universal), poblado por un género humano, formado por grupos diferentes pero semejantes, susceptibles de ser regidos por las mismas leyes fundamentales, se remonta a varios siglos antes de Cristo; empezamos a descubrir que los quechuas-ayamaras, mexicas, bantus, maoris, tuvieron que enfrentar problemas similares a la hora de la construcción de sus imperios, a expensas de los grupos vecinos. En todas las sociedades encontramos la misma contradicción entre, por un lado, el espíritu de dominación, de utilitarismo político llevado hasta el racismo, de insistencia en la diferencia y, por el otro, la idea de una SOLA humanidad. El historiador sabe que desde la revolución neolítica hasta la fecha, esa contradicción dialéctica nos anima: “del juego y de los conflictos entre alteridades (el otro) nacieron los mundos que nombramos civilizaciones, imperios, economías-mundos, áreas culturales”.⁹

Nuestro “mundo” nace de la interconexión (1492) y de la unificación (de la revolución industrial en adelante) de todos los mundos. Antes,

coexistían el imperio chino y la Serenísima Venecia, el imperio mexica, el reino purépecha y los chichimecas; ahora existe *un* mundo. Antes, cada isla se consideraba el ombligo del mundo (Roma, Bagdad, Constantinopla, Cuzco, México); luego Europa, de manera muy tardía, entre 1880 y 1918, se creyó el centro del mundo. Además, no debemos olvidar que en la carrera por la apropiación mercantil del planeta, Europa se encontró con poderosos mercantilismos rivales: árabe-musulmán en África oriental, en el océano Índico y hasta la Indonesia; chino y japonés en el Pacífico norte y criollo ibérico y anglosajón en América.

¿Y ahora?

La pregunta significa: ¿esa fase de mundialización va a durar o pasará pronto, como la del siglo XIX? El mundo estaba más mundializado en 1914 que en 1870, y mucho más que en 1940. No sabemos cuál será la situación en 2050. Al historiador no le interesa ni la apología técnico-economista del neoliberalismo, ni la versión “light” o “pop”, a favor o en contra, retórica-rollera, político-mediática. Lo que le interesa es situar ese episodio de la historia de la humanidad en la perspectiva de los 7,000 años que acaban de pasar, un centésimo de segundo en la historia de la vida. Situarlo para saber si debemos pensar que se trata de la fabricación de un mundo unidimensional o de la invención de nuevas identidades, diferentes, pero mundialmente conectadas. Los antropólogos, estudiosos de la diferencia, parecen preocupados por la extinción próxima de sus “otros” tradicionales (indios, gitanos), por el “fin de la historia” o por el nacimiento del “hombre unidimensional”, anunciado por Herbert Marcuse antes de 1968.

El historiador no cree ni en el “fin de la historia”, ni en el fin de la antropología. El “otro” tradicional desaparece (o se transforma), otro aparece, como los actores históricos clásicos; dioses, héroes, clases sociales, naciones. Pirandello es nuestro santo patrono. Desde el hacha de piedra, hasta el *e-mail*, siempre ha funcionado

⁹ Jean Piel, “De la mondialisation comme fabrication et comme fabrique des altérités”, manuscrito, Universidad de París, VII, 2001, p. 7.

la dialéctica del otro y del idéntico, centrífuga y centrípeta. En nuestro momento especialmente interno de mundialización, no todo se resuelve, se reduce, a los intercambios económicos. Creo haber demostrado que nuestra mundialización, satanizada como globalización, no es, para nada nueva. Novedad es, a corto plazo, político-militarmente hablando, el año 1989: la caída del muro de Berlín y el advenimiento de un mundo geo-políticamente unipolar. Ese fenómeno, en la larga duración, no parecerá a nuestros sucesores mucho más importante que, digamos, las guerras de Italia del siglo XVI, las cuales, apuesto, nos son totalmente desconocidas, y con razón. Novedad más importante todavía es que en ese mundo unipolar, por poco tiempo, no existe un centro metropolitano único (como lo fue Londres entre 1850 y 1900 o Wall Street entre 1918 y, digamos, 1950) y una periferia más o menos dependiente. Hoy el mundo se arma con “una cadena de centros interconectados, jerarquizados y en competencia, y el agregado de sus respectivas periferias”.¹⁰ Los centros de esos centros forman el archipiélago, la megalópolis mundial que concentra en unos pocos puntos de la tierra, 80% de las tecnologías innovadoras y 90% de los flujos financieros.¹¹

Me falta espacio para tratar de las expresiones culturales de la mundialización en sus diversas etapas: el derecho romano que nos marca hasta hoy, las grandes religiones, nuestros medios masivos de comunicación, nuestras imágenes en movimiento, internet, la música como lenguaje internacional y esos otros idiomas mundiales que fueron el griego, el latín, el árabe, el mandarín y ahora el inglés, lengua de la élite y dialecto de los demás. Si existe un imaginario mundializado, especialmente entre la juventud, no es el fruto de un imperialismo cultural que arrase las culturas y atonte a los consumidores. Un poco

de mundialización homogeneiza, nivela; mucha engendra y promueve las diferencias. No llegamos al vago *esperanto* cosmopolítico, sino a un diálogo de todos con todos, después del encuentro, del descubrimiento respectivo. No hay erosión, sino confrontación, no hay desculturación, sino aprendizaje recíproco. El cine actual que nace del contacto (imposible sin la mundialización) tiene una dimensión antropológica esencial: traducir la experiencia de una cultura en otra. Hace dos siglos que Goethe dijo que el tiempo de las literaturas nacionales quedaba superado, que había llegado el tiempo de la literatura mundial. Esta idea forma parte de su testamento y vale para todo.

La conclusión no será mía —en ese texto nada es mío, gracias a la mundialización. Será de Zygmunt Bauman y nos remite a la reflexión moral:

Quizá el mensaje más seminal, aunque apenas articulado de modo explícito, de la extensión planetaria de la televisión sea el complejo desfase entre lo que sabemos y lo que podemos hacer; entre lo que desafía nuestra conciencia y lo que clama por alguna acción, lo que nosotros, testigos pasivos, podemos modificar mínimamente. Tenemos todos los instrumentos para la *tele-visión*, pero apenas ninguno para la *tele-acción*: vemos más allá de lo que nuestras manos pueden alcanzar. Diariamente contemplamos cómo se hace el mal, cómo se sufre el dolor, pero el desafío que ello representa para nuestros sentimientos morales queda en gran medida sin respuesta. No hay duda de que algunas de nuestras acciones y reacciones están inspiradas moralmente, pero sus efectos no llegan a compensar la enormidad de cuestiones que los inspiraron. Somos demasiado conscientes de ello pero no sabemos cómo superar esa brecha. Habiendo sido colocados en la posición de “espectadores” (de testigos que ven cómo se hace el mal, pero que aun así no hacen nada por evitarlo, ni siquiera prevenirlo) se nos ha privado de la excusa más

¹⁰ *Ibidem*, p. 5.

¹¹ Recomiendo la lectura de P. N. Giraud, *La desigualdad del mundo*, México, FCE, 2000, y de J. Osterhammel y N. P. Peterson, *Globalization: A short History*, Princeton, 2005.

común para la conciencia culpable: el “yo no lo sabía”. La única excusa que queda es la que se apoya en la impotencia: “Haga lo que haga, no servirá de nada.” Es una débil excusa, pero convincente incluso para nosotros mismos. Sospechamos —y con buenas razones— que más bien se trata de lo contrario: de que lo que hagamos o dejemos de hacer sí importa [...] Después de todo, en nuestro intercomunicado planeta dependemos todos unos de otros, y lo que se hace en una parte del globo tiene un alcance muy superior a la visión e imaginación de sus actores. Somos, en un grado difícil de medir, responsables de la situación de

los demás. Lo que ocurre es que no sabemos qué significa asumir esa responsabilidad y qué es lo que ello requiere. Y carecemos de los instrumentos que podrían lograr que nuestras preocupaciones e intuiciones morales se reviertan en unas condiciones más decentes para la humanidad, haciendo al mundo más inhóspito para la indignidad humana y la humillación, y más acogedor para la atención mutua y la solidaridad.¹²

¹² Zygmunt Bauman, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI, 2003, entrevistado en *Babelia (El País)*, 10 de mayo de 2003, p. 10.



—Mí sabe esto ser sabroso; mí querer comerlo.
—¡Allá Ud! ¡Yo creo que se enchila!